

Poner al ser humano en el centro de nuestras preocupaciones

Fernández, Aurelio

2006

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5382>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

PONER AL SER HUMANO EN EL CENTRO DE NUESTRAS PREOCUPACIONES*

Aurelio Fernández Fuentes**

Agradezco mucho al rector de la Universidad Iberoamericana Puebla, Fernando Fernández Font, a Javier Sánchez Díaz de Rivera, director General Académico, y a Jorge Abascal, director de Difusión Universitaria, la invitación que me han hecho para dirigirles unas palabras en este día. Es una distinción muy especial para mí.

Dice mi hijo Juan, que es un estudiante más o menos de la edad de los aquí presentes, que mi generación no entiende a los jóvenes actuales porque no comprende la posmodernidad. Él ilustra la posmodernidad, utilizando seguramente alguna de sus lecturas, como si identificáramos los momentos de la vida con un videoclip: condición de brevedad, efímera, fragmentaria, no necesariamente relacionada entre sus componentes. Así piensan los jóvenes de hoy, me asegura, y remata diciendo: “Te hace falta ver con más frecuencia *Los Simpson*”.

Si Juan tiene razón en ambas cosas –en que nosotros, los sesenteros, como dice él, no entendemos la lógica de pensamiento actual de los jóvenes, y en que la vida es un episodio esquizoide en sus mentes– no tengo más remedio que rebelarme ante esto. Primero, porque nosotros tuvimos la oportunidad de estudiar en una Universidad distinta a la

* Discurso en ceremonia de inauguración de cursos en la Universidad Iberoamericana Puebla, 17 de agosto de 2006.

** Director del periódico *La Jornada de Oriente*, Puebla.

actual, donde existía la posibilidad de poner al Hombre, así, con mayúsculas, en el centro de las preocupaciones. Cuando se piensa de esta manera, no sólo no se puede ser fragmentario en el razonamiento, sino que se buscará la integralidad, la universalidad, las conexiones de los fenómenos entre sí, pero también las causas principales que son el motor de los procesos. En segundo lugar, porque siempre he tenido una buena relación con los jóvenes y no pienso renunciar a ello.

Aunque sé que hay universidades, y carreras dentro de ellas, donde se examina el problema epistemológico, la metodología para comprender la realidad, también sé que lo que ha prevalecido en los últimos años es la oferta de carreras para el mercado. Así, podemos encontrar cosas como “licenciatura en acomodo de cubiertos en banquetes y XV años, con especialidad en sábados por la tarde”, o “licenciatura en capataz de maquilas textiles”, o “licenciatura en gestión de importaciones de China”, etcétera. Una aseveración que me ha parecido escalofriante desde el primer momento que la oí fue: “No podemos seguir aceptando estudiantes en la carrera de medicina porque no van a encontrar trabajo”. Esto se dice en nuestro país, donde precisamos duplicar el número de médicos para alcanzar los estándares mínimos de la Organización Mundial de la Salud; esto se dice en México, donde las enfermedades medievales se presentan reiteradamente, por más que la Secretaría de Salud identifique una epidemia de cólera como un incremento de las diarreas o un brote de varicela como una insolación, o se hagan los que miran para otro lado ante la creciente multiplicación de ceropositivos o, muy especialmente, el aumento del alcoholismo.

Siguiendo mi vieja escuela, creo que debemos empezar por asomarnos al mundo en el que vivimos, desde el punto de vista de los procesos que lo dominan. La paradoja de los últimos tiempos es que tenemos una capacidad productiva y creativa creciente, suficiente para satisfacer varias veces las necesidades de la humanidad, es decir, una capacidad productiva propiamente universal, pero una estructura de relaciones sociales que impide que esa potencialidad satisfaga las necesidades de la inmensa mayoría de la humanidad. La apropiación privada de la riqueza, cada vez más individualista, va a contrapelo de la necesidad de más de 6 millones de habitantes del mundo. Esto no es nuevo, se ha dicho hace siglos, nada más que cada día es peor.

Hace algunos años, tuve la oportunidad de estar en un encuentro de lo que algunos llamarían “funcionarios de angora” de empresas multinacionales. En él, un joven seguramente calificado como exitoso, de esos que ya no sé si se llaman *yuppies*, espetó una idea parecida a la que voy a decir: “¿África? África ya no cuenta para los mercados, es un continente perdido; entre las guerras, las hambrunas y el SIDA, esa gente pronto desaparecerá”. Primero creí que era broma lo que decía; cuando me percaté que otros lo secundaban, alcancé a comprender que hay muchas opiniones que no comparto, y que no quiero compartir.

El mundo está hoy dominado no por algunas naciones, sino por algunos grandes consorcios. Hablamos de Estados Unidos como la cabeza del imperio, pero en ese país hay muchísimos pobres, muchísimos analfabetos, muchísima miseria, sobre todo comparada con las grandes fortunas ahí existentes. Estados Unidos es dominado por los intereses de la General Motors, o del City Group; éste, por cierto, es dueño también de, al menos, 45 por ciento de la banca mexicana a través de Banamex, el otro 45 por ciento lo tienen los financieros españoles propietarios de Bancomer.

Estos grandes capitales que hoy –más bien dicho, hace bastante tiempo– dominan el mundo, cada día con más fuerza, imponen una dinámica no sólo económica, sino social y en las formas de pensamiento que penetran todos los aspectos de la vida de las naciones, si es que esta categoría, nación, todavía puede ser utilizada. Conceptos como mercado y globalización son sellos de la mercadotecnia. La educación es convertida así en una mercancía vulgar; ofrecerla como un producto para insertarse en esta “realidad inexorable” es el estilo predominante.

Pareciera que no tenemos ninguna oportunidad de rebelarnos ante esta dinámica y, sin embargo, no nos queda más remedio que rebelarnos. Tal vez no podamos hacerlo como en la novela de José Saramago *La caverna*, donde la familia Algor, dedicada a la alfarería, recoge sus bártulos y se va para huir de la empresa única que ha absorbido todos y cada uno de los aspectos de la vida de aquel pueblo. Es que, a diferencia de la familia Algor, nosotros no tenemos a dónde huir. Por lo pronto sólo contamos con este planeta y habrá que encontrar otras formas de sobrevivencia dentro de él. Me resisto a pensar que África debe desaparecer, o que sólo es un continente-

coartada para que los grandes actores de Hollywood adopten mascotas humanas y después vayan allá a tener a sus hijos con la meta de agregar a sus méritos de venta una humildad que distan mucho de vivir en Beverly Hills. Me resisto a creer que los indios latinoamericanos y mexicanos son nuestra propia África y que están condenados a desaparecer. Las universidades pueden ser cualquier cosa, hoy día, pero hay universidades, o universitarios, para decirlo mejor, como los de aquí en la Ibero, como los que encontramos en mi universidad, la Autónoma de Puebla, o en algunas otras, que queremos que la educación no sea solamente un videoclip o un episodio de *Los Simpson*. Queremos que en ellas se despliegue la reflexión, el análisis, la investigación, el compromiso.

México está en una encrucijada extraordinariamente importante. En el año 2000, las elecciones fueron un escalón para superar la presencia del gran partido autoritario que había dirigido al país durante más de setenta años, para abrir paso a una vía de transformación pacífica y electoral. Pero en el año 2006, la situación es diferente; la tarea social no es entretenernos con un juguete, democrático aparentemente, que se reduce a los periodos comiciales, sino que están enfrentados dos proyectos, no sólo de nación, sino de mundo: uno, el que dice que el camino que hemos transitado estos últimos 24 años es el adecuado; el otro, que niega esta aseveración. No son dos o tres partidos los que se enfrentan, son dos formas de pensar el futuro para enfrentar el presente. Si atendemos a los resultados, demostrables con múltiples datos, el modelo impuesto en los últimos 24 años en México –y gran parte del mundo– ha tenido como saldo dos productos muy claros: el inconmensurable crecimiento de la riqueza de cada vez menos personas y, por contraparte, el brutal, lacerante e inhumano aumento de la pobreza entre masas crecientes de la población, que en México es la gran mayoría de los habitantes. La pobreza abarca aspectos no sólo materiales; se observa en el desmembramiento de las familias, la ruptura de las condiciones de convivencia comunitaria, la incursión en actividades delictivas de todo género.

Vicente Fox, durante sus seis años del gobierno, y según se ha dicho en este proceso comicial, no cumplió con ninguna de sus grandes promesas. Sin embargo, tuvo suerte por la aparición de dos duendes

bondadosos: el incremento nunca antes visto del precio del petróleo y el aumento, también inédito, de la emigración hacia Estados Unidos y con esto la multiplicación de la llegada de remesas al país. Sin estos dos ingresos de la fortuna, México no se hubiera podido sostener con sus propias actividades internas. Fox, lógicamente, ha celebrado y se ha preocupado muchísimo por la emigración, y porque en Estados Unidos se facilite a los miles de mexicanos que arriban todas las condiciones para quedarse a trabajar allí. Pero si ustedes se aproximan a las comunidades que viven la emigración, se darán cuenta que difícilmente los recursos que les llegan compensan el dolor de la pérdida de los familiares. Investigadores de esta universidad, como la inolvidable Mónica Geandrau y Marcela Ibarra, saben bien qué ocurre y han dado cuenta de este proceso. Me parece muy afortunada e implacable una frase que se le atribuye a María Eugenia Sánchez Díaz de Rivera: “México es un país donde los ricos ganan dinero para sacarlo al extranjero y los pobres se van al extranjero para traer dinero a México”.

Hoy, el choque de estos dos proyectos, cuya delimitación, es cierto, ha quedado disimulada por las necesidades propagandísticas de los candidatos, se encuentra en una etapa que es ya, pase lo que pase, un episodio histórico de la mayor relevancia en nuestro país. La percepción de estos hechos está tamizada por los medios de comunicación masiva. Éstos son prácticamente todas las televisoras, los grandes consorcios radiofónicos y los medios impresos propiedad de los principales grupos de poder. Éstos medios nos presentan el problema no como un conflicto por la manipulación de los sufragios, sino como una discusión sobre la incomodidad para atravesar la avenida Reforma. Las leyes de Radio y Televisión y de Telecomunicaciones, que nos fueron impuestas este mismo año por el Congreso de la Unión y fueron publicadas en el *Diario Oficial* por el presidente Fox –hoy sabemos que sin siquiera haberlas leído–, condicionan la objetividad en la transmisión de los acontecimientos. En un memorable ejercicio llevado a cabo en esta misma universidad el pasado mes de marzo, organizado por las carreras de Comunicación de la Ibero, la UPAEP, la UDLA y la UAP, y acompañados por los medios que representamos un servidor y Fernando Canales, hicimos venir a nuestros cuatro senadores a comparecer ante un auditorio altamente

calificado y conseguimos que todos ellos se opusieran a la aprobación de las leyes mencionadas, y por derivación, que firmaran la solicitud presentada por 47 legisladores de la Cámara Alta ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación, con el fin de sancionar jurídicamente la inconstitucionalidad de ambos instrumentos. Este fue un ejercicio de rebeldía social de académicos mexicanos que no se dio en ningún otro caso. Por lo tanto, es un ejemplo al que debemos recurrir para desplegar una lucha que será duradera y difícil contra transformaciones que pretenden concentrar un poder ya de por sí condensado en cada vez menos personas. Gracias, señor rector, por haber auspiciado la realización de este Foro. Gracias a Ana Lidya Flores, Noé Castillo, Alfredo Naime y Rafael Hernández por haber tomado la decisión de convocarnos al punto de reflexión.

Yo sé que lo que he dicho es opuesto a lo que muchos de los presentes están pensando. Este es un punto muy relevante de lo que quiero mencionar. Hoy, México está muy dividido y esta escisión tiende a profundizarse. No es un problema de medio punto porcentual de diferencia entre los candidatos que mayor votación sacaron. Es un problema de la colisión de un enorme grupo social con grandes necesidades, contra un pequeño grupo con un gran poder que sólo es superado por una mayor ambición (por cierto, ¿qué necesidades insatisfechas pueden tener Carlos Slim, Legorreta, Roberto Hernández, Servitje, Kamel Nacif, por no mencionar algunos símiles locales?). Pero, a pesar de estas diferencias de intereses, y de esta crispación social *in crescendo*, tenemos que buscar fórmulas para resolver nuestras desavenencias. Yo, por más que estoy convencido de mis afirmaciones, y de que lucharé por ellas siempre, no pretendo que los que piensan distinto de mí deban ser ahogados en el mar. No quiero, por otra parte, que quienes piensan diferente de mí y se oponen a mis acciones decidan un día ponerme frente al pelotón de fusilamiento. Una añorada tía mía, Violeta Fernández, que tuvo que venir a México porque fue de las que perdió la Guerra Civil española en 1939, me dijo poco antes de morir: "Hijo, el ambiente que está prevaleciendo en México cada vez se parece más al de la España de la pre-guerra". No deseo, por ello, que nadie se vaya del país, ni los míos ni los otros. Por eso, es necesario que hagamos prevalecer la razón a

la pasión, los argumentos a los denuestos. En esta tarea, las universidades son fundamentales. Lamentablemente, en la mayor parte de ellas se está pensando en el ingreso, en la mercadotecnia, en la competitividad, en la globalización, y no en el ser humano. He aceptado estar hoy aquí porque, precisamente, la Universidad Iberoamericana Puebla es una de las casas de estudio de educación superior que han abierto sus puertas a la reflexión, a la disidencia y al pensamiento humanista antes que hacer concesiones a la más vulgar de las charlatanerías educativas. Me identifico plenamente con el comportamiento del rector de esta universidad y con los profesores y alumnos que lo secundaron en su ejemplar comportamiento durante los episodios de las aprehensiones de Lydia Cacho y Martín Barrios, encarcelados de la manera más arbitraria como resultado precisamente de la colusión más infame entre el dinero y el poder en el estado; me identifico también con el hecho de haber abierto las puertas al movimiento zapatista en su expresión de La Otra Campaña, el que representa, más allá de discrepancias coyunturales con Marcos y los comandantes del EZLN, un referente ético del mayor valor en los difíciles momentos que vive nuestro país. Ambas posturas no las tuvo ninguna otra institución ni ningún otro rector en esta entidad. Ojalá que los estudiantes que están aquí presentes, y todos los de esta universidad, logren la altura moral del rector y de la mayor parte de la planta de profesores.

Finalmente, quiero decirles a quienes no piensan como yo, a quienes consideran que cada quien debe rascarse con sus propias uñas, a quienes desprecian a las personas que no son de su apellido, de su condición social, de su alcurnia, o a quienes aspiran a pertenecer al clan de privilegiados o a hacer fortuna simplemente por haber cruzado el emblema de partido adecuado a ellos, quiero repetirles que nomás tenemos un planeta, que el agua sucia que tiramos en el piso, la beberemos después al sacarla del subsuelo, que el desprecio hacia los que no tuvieron las mismas oportunidades es una inversión hacia la debacle. Que si no salimos adelante todos, a mediano plazo no saldremos ninguno.

Dice mi hijo Juan que soy un hombre utópico, pero dice también que es el único remedio contra el comportamiento prevaeciente. Por

eso, voy a recordar ahora a Joan Manuel Serrat, con fragmentos de su canción llamada, precisamente, *Utopía*:

¡Ay! Utopía,
cabalgadura,
que nos vuelve gigantes en miniatura.
¡Ay! Utopía,
dulce como el pan nuestro de cada día

¡Ay! Utopía,
incorregible,
que no tiene bastante con lo posible,
¡Ay! Utopía,
que levanta huracanes de rebeldía.

Quieren ponerle cadenas,
pero, ¿quién le pone puertas a monte?
No pases pena,
que antes que lleguen los perros, será un buen hombre
el que la encuentre
y la cuide hasta que lleguen mejores días.

Sin utopía
la vida sería un ensayo para la muerte.